

EL ATALAYA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

BLANES 26 JULIO DE 1897

A nuestros abonados

Deseosos de corresponder al creciente favor que vienen dispensando á esta modesta publicación, les dedicamos el presente número, ajeno por completo á las miserias políticas y pequeñas luchas de localidad, y consagrado enteramente á asuntos literarios. Para realizar nuestro propósito hemos solicitado y obtenido galantemente el concurso de literatos tan distinguidos como los Señores Ribas, Alemany y Cortils y de personas tan ilustradas como los inteligentes redactores de la Revista Médica Rural Sres. Alabern y Massó.

Ofrecemos á los blandenses un número fabricado con materiales de casa, con firmas muy conocidas y apreciadas.

A los autores que con sus notables trabajos nos han honrado enviamos el testimonio de nuestro agradecimiento; á los lectores pedimos benevolencia por las deficiencias que, bien á pesar nuestro é insuperables á nuestro buen deseo de agradarles, observarán en el presente extraordinario de fiestas.

La Redacción

PROGRAMA

de las funciones y festejos que con motivo de la festividad de Sta. Ana, patrona de esta villa, se celebrarán durante los días 25, 26 y 27 del actual ⁽¹⁾

DIA 25.—A las 7 de la tarde. Solemnes completas en la Iglesia parroquial, á cuya función asistirá el Magnífico Ayuntamiento en corporación.

DIA 26.—A las 5 de la mañana repique general de campanas y diana por las orquestas. A las 7, reparto de bonos de pan y carne á los pobres. A las 10, solemne oficio en la Iglesia parroquial, en el que se cantará la gran misa de Mercadante por una nutrida masa coral, acompañada por los profesores de la renombrada orquesta «Nueva Alianza» de Barcelona y dirigida por el Maestro de capilla Rdo. D. José Batlle. El Ayuntamiento saldrá media hora antes de las Casas Consistoriales. A la 1 de la tarde, serenata frente á las Casas Consistoriales por la orquesta «Nueva Alianza». A las 3, cuecañas marítimas y terrestres en el Paseo de mar. A las 4, sardanas largas en la plaza por la orquesta «La Juventud Farnense» de Sta. Coloma de Farnés. A las 6, elevación de globos aerostáticos. A las 9, disparo de un bonito ramillete de fuegos artificiales, por un renombrado pirotécnico. A las 10, serenata frente á las Casas Consistoriales por las orquestas «Nueva Alianza» de

Barcelona, «Muixins», de Sabadell y «Juvenil Farnense» de Sta. Coloma de Farnés. A las 11, bailes en los entoldados del «Primer Casino», de la Sala de dalt y de la Amistad Blandense por las orquestas en el número anterior citadas y por el respectivo orden en que están colocadas.

DIA 27.—A las 5 de la mañana. Repique general de campanas y Diana como en el día anterior. A las 10, Oficio de difuntos en la iglesia parroquial, en el que se cantará una notable misa de Requiem, orquestada y dirigida por el Rdo. D. José Batlle. De la parte musical está encargada la reputada orquesta «Muixins», de Sabadell. A la 1 de la tarde, serenata por la propia orquesta frente á las Casas Consistoriales. A las 3, regatas al remo y á la vela. A las 5, regatas de portadoras. A las 6, sardanas en la plaza. A las 9, Disparo de otro castillo de fuegos artificiales. A las 10, Serenatas en el mismo lugar y por las propias orquestas que en el día anterior. A las 11, bailes en los entoldados del «Primer Casino» Sala de dalt. Amistad Blandense por las orquestas «Nueva Alianza», «Muixins» y «Juvenil Farnense».

(1) Aunque este no sea el programa oficial, pues que con este caracter no se ha publicado impreso, lo ofrecemos á nuestros lectores, como el más aproximado, sino el más ajustado, á la verdad. Lo hemos redactado conforme á las noticias que nos han suministrado los Sres. Administradores de Sta. Ana y demás personas, encargadas de la organización de los festejos.

LA FIESTA MAYOR

La ruda y trabajosa lucha por la existencia, exige un alto descanso para reparar las fuerzas perdidas en el diario desgaste de las energías psico-físicas y cobrar alientos con que continuarla al día siguiente.

A esta necesidad de la economía humana y como elemento generador y principalísimo, á la profunda religiosidad de nuestros antepasados responde la institución de las fiestas mayores.

El doble carácter religioso y popular que presentan, evidencian el doble elemento que las engendró. Con el tiempo, han perdido mucho de su primitivo carácter pero así y todo, lo típico, lo substancial, lo propio y suyo lo conservan á través de todas las modificaciones y cercenamientos. Algazara, ruido, luz y alegría; esto es la fiesta mayor. mucha luz en el cuerpo y en el rostro, mucha alegría en el alma.

Los recuerdos mas gratos de mi juventud concrecionados están en los días incomparables de nuestra fiesta mayor.

Las jóvenes se lanzan á la calle, exhibiendo su belleza y elegancia; los mozos dejan las rudas faenas del trabajo y se acicalan y *afinan* para agradar á ellas; los viejos, desempolvan del fondo de las arcas los apolillados trajes, muy flamantes allá para el año 37; toda la vida se desborda con brio y pujanza, todas las energías, todos los deseos, se desarrollan en ejercicios legítimos y honestos.

Para la caravana que silenciosamente cruza en el desierto sobre un suelo movedizo, caldeado por un sol abrasador, la vista del fresco oasis, al solo anuncio del hallazgo conforta su cuerpo y alienta su espíritu.

Sea para nosotros la fiesta mayor, el oasis que alegre el árido desierto de la vida.

El placer honesto es un refrigerante, refresquemos el espíritu con los esparcimientos que nos proporcionan estos días de fiesta mayor, que deseo muy grata y feliz para todos mis convecinos.

CLAUDIO MASSÓ VERDAGUER

APUNTES

(RECUERDOS DE UN BAILE DE FIESTA MAYOR)

I

La orquesta deja oír las últimas notas de un wals vertiginoso. Las parejas, jadeantes, rendidas, buscan descanso en los muelles divanes que adornan el salón. La belleza de las señoritas, realizada en sus encantos por los simpáticos tonos de la luz eléctrica, deslumbraba á los mozos que mariposeaban de grupo en grupo, ávidos de emociones y sedientos de amores.

Allá en un ángulo del salón, perezosamente reclinada en un sofá de lujo antiestético y chilón, que revela en el adornista un gusto pésimo, solo grato á la gente adiaerada, que en todas sus cosas tiende menos al arte que al boato deslumbrador, está la bella Trini, una rubia espiritual y cándorosa, cuya belleza motivo solo para ideales de artista y ensueños de ajaron en hora infausta todos los vicios con sus más asquerosas degradaciones.

A su lado se sienta Cármen, otra aventurera, desperdicio del arroyo, que al revés de Trini, aspira con deleite el vaho de la carne infecta y se ensaña con crueldad en las pobres víctimas de sus atractivos, creyendo vengar en ellas los ultrajes que recibe de la sociedad.

Oigámoslas:

Carmen.—Estás impasible, Trini, con tus lirismos y filosofías, que te ha enseñado ese *perdis* de Julian, que á la espalda debe reírse de tus arrobamientos de mística colegiala. No es mala la *quita* que se trae el abogadillo. Tu has trabajado seis años como una *arrastráa* para que te cayera del cielo ese angelito y tirara por la ventana tus ahorros. ¡Malditos hombres! Ayer hemos empeñado las últimas alhajas que sacamos al marques y te advierto que á seguir por este camino que conduce al hospital, estoy dispuesta á romper el pacto, á disolver la sociedad, cuya caja está completamente vacía por culpa de ese pillastre, á quién Satanás confunde.

Trini.—Callarás por fin. (Con calor y entusiasmo crecientes.) Es inútil tu porfiado empeño. Uní al suyo mi destino y juntos hemos de ir hasta el abismo. El me dió su nombre honrado y la fuerza de este nombre me restituyó al seno de la sociedad que me repudiaba. El me dió un corazón y un alma, que al darme nueva vida, me transfundieron sangre nueva y nuevos sentimientos ¿Que más? El me lo ha dado todo y en cambio miserable pecadora ¿con que he podido recompensar su largueza y generosidad? Con un puñado de oro que yo ganaba en una noche de placer infame.

¡Oh cuanto le debo! Es incalculable y por sobre de todo le debo el vivir feliz y tranquila gozando de las dulzuras del espíritu, cuando antes solo me desesperaba rabiosa en las tempestades de la carne. Me horroriza enarbar en el pasado tormentoso, deja por Dios que me deleite y embriague en la dicha presente. El me redimió por el sentimiento y no has de tentarme tú con las seducciones del sentido. Mírale, ahora entra en el salón; dí si en tu vida has visto mozo más guapo y apuesto y caballero mas bueno galante.

Carmen.—Llevo aprendida de memoria la lección de tantas veces como me la has recitado. Pero ni la lección ni esos pujos de honradez que sientes á última hora han de proporcionarnos un maravediz.

Trini (para sí.)—¡Que triste y melancólico viene hoy el señorito! Algo gordo le debe pasar que no se atreve á comunicarme. Apuros de dinero no serán los que le traen malhumorado, porque yo le he entregado una fortuna. Algo más grave debe ser. Ayer consultando las cartas ví que tenía novia y la bellaca debe hacerle sufrir. ¡Ah! si lo supiera mataba á esa señorita. ¿Tengo celos? No, porque no puede sentirlos quién no tiene derecho á amar y yo perdí ese sagrado derecho desde el momento en que abusé del amor. Pero le quiero tanto que aborrezco con odio profundo á todos los miserables que envenenan la existencia de mi pobre Julián. Esta noche misma he de saber si me engañaron las cartas. Observando bien, conoceré á su novia y le arrancaré el corazón y y colocaré en su lugar el mio, para que ame á Julián tanto como él se merece. Si le hace feliz, yo he de besar las pisadas de esa mujer dichosa á quien no conozco. Solo sé que es muy hermosa, y como hermosa debe ser cruelmente coqueta.

Que sean ellos felices... y basta. Yo tampoco puedo serlo enteramente porque mi dicha suprema sería la unión con Julián y esta unión solamente posible ante Dios que olvida y perdona, es imposible ante los hombres, que alimentan como fuego sagrado, el recuerdo del agravio, y tiran como una carga odiosa, el bagaje de la gratitud. Esta unión solo podría lograrse á costa del sacrificio de Julián y este sacrificio de una víctima inmaculada en un altar tan impuro como el de mi amor nunca

he de permitirlo yo. ¿Deliro? Solo por Julián estoy aquí, alternando entre gentes honradas; me ungió con el óleo de su protección, me cubrió con el manto de su nombre y así con las sombras del misterio y como de matute me he introducido en la sociedad. ¿Venirme con Julián? Sueño hermoso pero quimérico. A los dos nos confundiría el mismo anatema; mi estigma tiznaría su pura frente. Nunca. (*Con desprecio de sí misma.*) ¡Buen precio pondría á su amor! (*Con entereza.*) La deshonor para mí sola. Ya estoy acostumbrada á ella. Julián sé feliz; solo pido que en tu felicidad dediques un ligero recuerdo á esta infortunada que solo vive para desearte y hacerte bien.

II

Frente á frente de Trini y de Cármen están en el otro ángulo del salón, Laura y su hermana.

Laura es una superba mujer, de belleza deslumbradora é incitante. En sus labios carnosos que se contraen nerviosamente, la voluptuosidad tiene todas sus formas provocativas. Sus grandes ojos negros son dos focos de intensísima pasión, que centellean con el relampagueo del deseo; sus anchas y robustas caderas, su aterciopelado cutis, su negra y espesa cabellera, el ritmo sensual de sus movimientos, todo su cuerpo rebosa voluptuosidad fascinadora, templada no obstante por el nimbo virginal que el observador penetrante descubre en ella y que era producto de la austera educación religiosa que había recibido.

Era la Venus pagana modelada por un escultor cristiano.

Impetuosa en sus sentimientos amaba con delirio y aborrecía con sañuda crueldad; franca, de carácter abierto, seguía en todo la línea recta, despreciando las vías tortuosas tan gratas á nuestra constitucional hipocresía.

Veraz con los labios y los ojos, refractaria á los convencionalismos y mentiras sociales, brutalmente salvaje en las manifestaciones de la idea y del deseo, era una mujer bella y simpática hasta lo inverosímil.

Conocemos ya el personaje; veamos su pensamiento respecto de Julián.

Laura á Concha (su hermana) — ¡Que hermoso triunfo el obtenido por mi *nene!* ¿Has leído los periódicos? Mira aquí tengo los recortes de todos los de Barcelona. Todos dicen lo mismo. El éxito fué colosal, enorme. Al salir el público le tributó una ovación indescriptible. Su magnífica defensa recuerda los grandilocuentes discursos de los criminalistas más insignes. Así se espresan. Cuanto hubiera gozado oyéndole! Julián tenía razón al defender con tanto calor á aquella mujer. La que mata por celos no es culpable, debe ser reconocida por inocente si hay justicia en la tierra.

Concha. — No exageres, hija: Esta teoría, mantenida así en crudo es descabellada y establece el predominio del arrebató criminal sobre la razón. Si lo que tu dices fuera verdad, no habría mujer posible en el mundo, porque las leonas como tú, matarías á las zorras, mira si estoy fuerte en el calificativo, que saltan el cercado ajeno. Ahora, ponte en juicio y verás que cual más, cual menos, todas las hijas de Eva nos sentimos zorras alguna vez. (*Con sarcasmo.*) Hasta tú, tan fiera y brava, cediste á estos instintos de astucia al arrancar á Julián de los brazos de Trini, que era su amante.

Laura (*Con indignación.*) — Mentira. Yo conquisté la deseada plaza con las armas de mi hermosura ó de mi fealdad, con los encantos de la mujer ó las sugerencias nobles y arrogantes de la hembra; sin usar de la taimada doblez del mercader, que hasta en el amor trafica. Julián es mío porque se barajaron nuestras almas y se confundieron nuestros cuerpos, como se superponen dos rayos de sol, que es á la vez luz y calor; vida en el alma, sangre en el cuerpo, savia fecundante en la planta, fuerza creadora en la materia inerte; vida siempre como

es vida y sempiterna el amor verdadero, el que siento por Julián.

No se lo arrebaté á la Trini, pues esta nunca le poseyó como yo le poseo; mentira que Julián la haya amado nunca; miserables calumniadores cuantos osais afirmarlo. Julián tan bueno, tan digno, tan honrado no puede haberse entregado jamás en unos brazos, cuyos halagos tienen precio. Mentira, cien veces mentira.

Concha. — Me dás lástima con tus romanticismos. Esta misma noche has de ver que no poseos á Julián tan enteramente como tu imaginas. Mírale, por allí viene,

Laura. — (*Arreglándose el peinado*) (*Parasí.*) Voy á luchar con las armas que tengo á mano, con la belleza. Es preciso aparecer hermosa y deslumbrar á Julián que se me escapa, según dice Concha y yo no creo.... No puede ser que mientan aquellos labios. Anoche me lo dijo solemnemente: *á nadie quiero sino á tí.* Y el acento del labio tembloroso correspondía al movimiento expresivo de aquellos ojos que no engañan. ¡Sería el más pérfido de los hombres! Todo se lo he dado, alma y cuerpo, hasta la honra, cédula de ciudadanía en las sociedades modernas. Yo en cambio solo le pido un poco de cariño, un rayo de sol; pero de este cariño he de gozar yo sola, no quiero compartirlo con nadie; cariño que se divide, es espada de dos filos que mata igualmente á los coparticipes.

Julián (*Saludando.*) — Adios, Laura; buenas y felices, Concha. Está esto muy animado y supongo os habreis divertido soberanamente.

Laura. — Hubieras dicho *aburrido* y habrías estado justo. Me irrita los nervios la algazara y el bullicio, cuando tengo triste el corazón y negra muy negra el alma. Toma esta silla que para tí reservaba y siéntate á mi lado, que tengo mucho que decirte.

Julián. — Y bueno sin duda, verdad? Y para que nadie turbe nuestro dichoso coloquio, vamos al balcón en donde se respira bien. Lo mismo deseaba yo, verte, hablarte, abrirte mi alma, hacer confesión general ante tí, de todas mis culpas y pecados.

Laura. — De los que me has de prometer enmendarte. Una de las condiciones de la confesión es el propósito de la enmienda. Y este propósito has de formularlo aquí solemnemente.

Julian. — Ya lo creó Siendo el Padre tan hermoso y amable, sumiso y rendido ha de estar el penitente.

Laura. — No te chancees, pichón; que la cosa va muy formal. Ven, acércate, más, para que nadie oiga el relato de tus maldades, que han ser enormes, según el aire compungido que te traes. La confesión ha de ser secreta.

Julian (*para sí.*) — Lo que yo temía. Esta se habrá enterado y como con su carácter briosamente salvaje solo se compadecen las situaciones claras quiero despejar la mia. No me disgusta; el día terrible había de llegar. Solo por ella lo siento. El hermoso castillo de ilusiones encantadoras que había cimentado sobre la base movediza de mi amor, se derrumbará bien pronto. Ella quiere aplicar la piqueta de los celos al débil cimiento. Que cosas tan crueles tiene el destino. Pero ella lo quiere, sea.

Laura. (*En tono humorísticamente severo.*) ¿Has amado á Dios sobre todas las cosas?

Julian. — Tú lo sabes, he sido siempre ferviente creyente y si una sola vez he faltado á este primer precepto del Decálogo ha sido para adorararte á ti, criatura incomparable.

Laura. — ¿Y á nadie mas habeis adorado, herman?

Julian. — Con devoción de creyente, con ansias de ser iluminado, con fervores de iluminado á nadie mas que á tí.

Laura. — Habeis jurado en falso alguna vez?

Julian. — Nunca. Mi palabra y mi juramento han correspondido siempre á la verdad.

Laura.—¿A vuestro Dios y á vuestra criatura incomparable no los habeis negado nunca; Contesta categoricamente; si ó no?

Julian.—No.

Laura.—Sino de palabra? de hecho lá habeis negado en un momento de extravío, que vosotros los hombres por miserias ó debilidades acostumbraís tener con frecuencia?

Julian.—Ella me provoca, sea. Solo á ti juré amor eterno y solo para ti lo siento y guardo. A ti te adoré, á ella solamente la quise; de ti fui esclavo, á ella la dominé con despótico poder; tú sobre mi cabeza, ella á mis piés; tú sobre un trono en el santuario de mis afectos vivos; ella en la tumba de mis recuerdos vagos. Mira si soy sincero, que ultrajo su nombre, de ella que tanto bien me ha hecho.

Laura.—¡Era verdad! Has sido un miserable, Julián: No te perdono ni puede perdonarte Dios. Me arrastré por el fango porque en sus inmundicias te encontraba á ti; contigo bajé al abismo sin protesta, sin exhalar una queja de arrepentimiento; arranqué de mi frente las flores de la virginidad, cuyas espinas me herían cruelmente; abandoné el hogar para seguir tu carrera, falté á mis padres, hollando el respeto que les debía, como se rompe sin piedad el obstáculo, la valla que se opone á la poderosa corriente del deseo; me corté las alas para tí y hoy me dejas abandonada y solitaria en el vasto campo de la vida. ¿Y á quien me pospones? A una aventurera, á una diosa de callejón, á una perdida. ¡Tan poco vale mi amor! Pero esto no será. En las sombras del misterio estás unido á mí; bien pronto has de estarlo á los resplandores de la calle y de la publicidad. Prostituida en mi conciencia no me importa estarlo ante los hombres. Esta misma noche delante de todos he de besarte y decirte que soy tu querida, tu *chula* y he de ahogar entre mis brazos á esa perdida que te ha bebido los sesos.

Julian.—No delires, querida, y óyeme con calma una vez. Eso que tu dices no puede ser. Bastante deshonra llevo yo, para que á la mía una la tuya. Continuaré siendo tu amante, mañana tu esposo, romperé mis relaciones todas con la Trini, y solo viviré para tí. Pero á nadie has de comunicar el secreto de nuestros amores; no quiero por ahora manchar tu nombre con las salpicaduras del lodo que á mi me tira esa sociedad estúpida por haber cometido el delito de hacer una buena obra, de haber salvado á una mujer...

Laura.—¿A la Trini, verdad? Es la historia de siempre, las salvais y las conservais en depósito para que no vuelvan á perderse.

Julian.—No seas cruel hija, y házme el favor ó la justicia de considerar horrados á mis móviles.

Laura.—Todo te lo perdono, Pipi, con tal de que me me ames. No quiero saber esa historia porque en el relato sufriría atrocemente mi amor propio. Déja tú á la amante; yo la protegeré como amiga.

Julian.—No puede ser ni puedes tu con decoro proteger á una mujer de esta clase. Sé bien lo que vales y nunca he de permitir que te pongas en contacto con ella.

Laura.—Si, para que tu puedas continuar. Dí de una vez que la quieres más que á mí y á lo menos tendré el consuelo de saber toda la verdad. Pero no, no lo digas, aunque sea verdad; quiero vivir en la ilusión de que solo á mi me quieres. No hagas caso de todo lo que te he dicho, (*Le da un beso*) estaba loca, los celos me hacían delirar. Mira ahora ya no los siento, (*Le da otro beso*) Soy tuya; enteramente tuya.

Julián (para sí).—¡Que bella en su delirio! Me quiere mucho; sería una crueldad romper con ella. No puedo; el honor me manda separarme de ella, y cuando parecía iban á cumplirse las ordenes y dictados de mi conciencia, rompe con

impetu todas las trabas y barreras que entre los dos interpuse y me domina y subyuga.

No hay voluntad que resista al poder de los ojos de esa mujer apasionada. (Alto.) Seremos unos buenos amigos y nos querremos mucho, monín. Vamos al salón.

Laura.—(*Ya en el salón, al lado de su hermana.*) ¿Porque te vas tan pronto? Faltan aún algunos bailes.

Julian.—Voy á saludar á algunos amigos.

Laura.—Por si no llegamos á hablarnos esta noche, te aviso que mañana te espero.

Julian.—No faltaré.

III

Un grupo de padres graves, que platican de asuntos políticos y de intereses MUY RESPETABLES.

D. Antonio.—Adiós, Julián, ¿llegaste esta tarde? Has conseguido un triunfo que hará época, chico. Llegarás muy lejos.

D. Arsenio.—Estuviste admirable, Julián; aunque algunas de las teorías que apuntas huelen á socialismo nihilista. Tus doctrinas tienden á la disolución social. De todos modos te felicito cordialmente por tu *debut* brillantísimo en el foro.

Julian.—Gracias, señores; vuestros elogios me confunden como si hubiera hecho una mala acción. Cumplí con mi deber y nada más. El cumplimiento del deber no merece plácemes sino en una sociedad corrompida y olvidada de las leyes de la conciencia.

D. Antonio.—Eres muy desagradecido, Julián. Me parece que nuestras felicitaciones son bastante sinceras para merecer una contestación tan ágría.

Julián.—No ha sido mi ánimo ofenderles en lo mas mínimo, precisamente á Vds., á quienes debo tantas bondades y favores. Pero considero tan estúpida é irracional la alegría que me mortifica todo lo que tienda á proporcionarme una satisfacción. Y como mi carácter es tan áspero y rudo, no puedo disimular las malas impresiones y me produzco en tonto, como acaba usted de oír. Perdonen Vds. el agravio, que para mí no existe cuando no hay intención de inferirlo, como en el caso presente, y cuenten siempre con el testimonio de mis simpatías y respetos.

D. Antonio.—Que hermosa cabeza, si no estuviera tan desquiciada, y no hubiera soplado en ella el huracán de las ideas modernas...

Fernando.—Sermón tenemos para rato, Julian; por lo que te aconsejo dejes á esos sábios del año 17 discurrendo libremente sobre las excelencias del régimen antiguo y te vienes conmigo á echar un parrafito.

Julian (para sí).—Será mejor, esos viejos me fastidian con sus rutinarios preceptos y me cargan con su caudal de experiencia barata. (Alto.) Con el permiso de Vds. acepto la invitación de Fernando y me voy con él, á quien tengo mucho que comunicar.

(*Se apartan un poco del grupo y se sientan.*)

Fernando.—He leído la prensa de Barcelona y he gozado mucho con el relato minucioso de tu combate forense, coronado con el éxito más brillantísimo. Y he gozado tanto mas por cuanto en tu discurso-defensa de aquella ilusa mujer he visto traducidas con singular elocuencia mis propias ideas y convicciones. Estuviste colosal; incomparable; leyéndote me parecía ver al Cristo redentor arrojando del templo de la Justicia á los mercaderes, á las rancias preocupaciones, á los viejos principios, á las arcaicas teorías que desde siglos venian en él oficiando. Vengan esos cinco, Julián y cuenta que mi felicitación es sincera.

Julian (Con tristeza é ironía).—Hoy la sociedad me adula y me levanta sobre el pavés de la gloria. ¿Porque? porque cumplí con mi deber, porque puse mi inteligencia y mi alma, mi sangre y

mis nervios al servicio de una *demente* á la que pretendía convertir en culpable, la justicia histórica. Mañana haré una acción meritoria, ayer la hice, salvando á la Trini y esta misma sociedad me confundirá con su anatema.

Fernando.—Y á propósito de Trini ¿como sigues con ella? Está aquí esta noche con Carmen, las he visto al entrar y me ha preguntado por ti con mucho interés. También he hablado con Laura que está cada día mas enamorada. Mucho me temo que choquen esta noche las dos rivales, porque no falta quien empuja la una contra la otra. Mira al traidor, el vizconde de Pozogrande, está allí con Laura, á quien con caracter de amigo *leal y desinteresado*, debe contar alguna ruindad.

Julian.—Sí, y ella protesta con sus lágrimas. Es mucha mujer Laura. Se defiende como una leona y ataca con la fuerza del atleta. Ahora mismo acabo de tener un altercado violentísimo con ella y me ha vencido en toda la línea. No he podido desasirme de ella, apesar de mis formales propósitos de consumir el rompimiento. Lo provoqué con su misma ayuda y dándole ella argumentos; pero todo fué inútil. Cuando se percató de la maniobra, redobló el ataque y no tuve mas remedio que rendirme ante aquella lluvia de maldiciones desesperadas, de lágrimas suplicantes, de suspiros y juramentos amorosos.

Laura es una enferma también, su temperamento pasional no se tuerce ni se dobla ante la sociedad que bien pronto la escupirá en el rostro. Me enloquece el pensar que no puedo aportar una gota de sentimiento á la abundosa corriente del cariño que emana de su corazón. Tu sabes entera la historia, Fernando. En la loca carrera de mis devaneos tropecé con la Trini, comprendí su hermoso caracter y la quise con el corazón. La regeneré y no fué difícil la obra, porque estaba admirablemente dispuesta para recibir la forma de la regeneración. Pasó la fiebre de la locura y desde entonces hemos sido unos excelentes amigos, dos buenos hermanos. En mis apuros pecuniarios á ella acudí y solicita como una madre cariñosa, me protegió, le comuniqué todos mis pesares y ella me restañó y cicatrizó con el bálsamo del consuelo las heridas del desengaño; todo se lo confesé, menos mis amores con Laura. Trini los sospecha y alguna velada indicación se ha permitido en este sentido, en el decurso de nuestras antes mas frecuentes entrevistas; de ahí no ha pasado, no obstante; adivina que me mortifica con sus alusiones á Laura y no insiste en ellas. A Laura, tú lo sabes también, la quise con los sentidos; sus esplendideces de mujer, sus dislocantes sugerencias de hembra pujante, me trastornaron y por algún tiempo calmaron mis deseos. Muertos estos, nada para mí de atractivo tiene ya Laura. Se crece al castigo. Le matan é irritan los celos, y mi infidelidad no le exaspera. Hoy ya no la quiero; á la ruina de mi espíritu, ha seguido el desplómé del cuerpo, que ya no vibra á las pulsaciones del deseo; al montón de mis ilusiones agostadas debo sumar el hastío que siento á la mujer. Laura me repugna, no, no es esta la palabra; no me agrada, no me espolea la carne. Regeneré á Trini, corrompí á Laura; hice olvidar sus deberes á ésta, devolví sus derechos á aquella, la honra que perdió Laura la reconquistó Trini; una en la cúspide, otra en el abismo antes, ahora se abrazan y confunden en la llanura; he sido un instrumento del equilibrio social. He terminado mi misión y debo desaparecer de la escena de la vida. De continuar actuando, se malograria mi obra; la dehonra de Trini mancharia la personalidad de Laura; yo seria el conducto; la canal de la corriente impura que

iria de Trini á Laura. Esto no puede ser; seria yo un canalla si lo consintiera.

Fernando.—¿Pero á donde vés á parar? Eres un cobarde, que abandonas la lucha al primer disparo. Valientes sentimientos y robusta fortaleza la tuya.

Julian.—Yo no abandono el combate de la vida, sino que me rindo aplastado por la fuerza de las circunstancias. Contra la fatal concurrencia de los hechos ¿que puedo yo? ¿que podemos todos? Nada. La caña que no se doblega al impetu del huracán, es arrancada de cuajo por la fuerza de éste. Mi decisión es irrevocable; no la creas nacida al choque de la contrariedad momentánea, considérala el último término de la evolución indeclinable de mi conducta.

Fernando.—Absurda la série de evoluciones, absurdo el término también.

Julian.—No discuto, afirmo. Será absurdo, pero es verdad. Mira, me voy á bailar con Laura. Le quiero dar este último consuelo.

(*Se va y se reúne con Laura*).

Julian.—¿Te pasó el enojo? Vaya, vida, firmemos las paces.

Laura.—¿Como?

Julian.—Bailando conmigo esta americana.

Laura. (*Para sí*).—Este hombre no puede engañarme. El fingimiento no se compadece ni con su rostro ni con su mirada, El vizconde es un miserable detractor. Hice bien en no creerle. (Alto). Si Julián, bailaremos. Quiero abrazarte, respirar tu aliento, ilusionarme con tu mirada, sentir las vibraciones de tus nervios, las contracciones de tus músculos, la circulación de tu sangre poderosa. Toma, pónete en el ojal esa flor (*desprendiéndosela del pecho*). Ven, que yo te la colocaré. Accede á ese capricho de niña, Julián.

Julian.—¡Es una margarita bellísima! (*Para sí y con miedo supersticioso*). El destino en el trágico emblema de esta flor me anuncia mi próximo fin. Si, debo morir; hasta las flores me lo dicen con su expresivo lenguaje. (Alto). ¿Si será capricho el tuyo? Una margarita sobre una tumba, encaja bien; pero en un baile es un contrasentido. No quiero que te anticipes á los acontecimientos.

Laura.—No comprendo tus enigmáticas palabras ni se, aunque lo presiento, que amargo sentido envuelven. Pero así y todo quiero que la margarita sea la divisa de mi caballero; tan solo una vez compláceme, monín. Ya sabes que la margarita es mi flor predilecta; amo tanto á la vida, que me rodeo de los emblemas de la muerte para sentir más hondo el horror á la nada y más fuerte el apego al sér, á la existencia. Vaya, pichón, se amable y atiende mi súplica.

Julian.—No insistas, vida, que me haces mucho daño.

Laura.—No me quieres, ingrato.

Julian.—(*Para sí*).—Ella manda, yo obedezco. Al reo en capilla, nada se le niega. (Alto). Dáme la margarita.

Laura.—Toma. (*Colocándosela en el ojal*). Eres muy bueno, *perdis*. ¿Quieres que te bese?

Julian.—No seas loca, mujer y repara que cien ojos tienen clavada la atención en tus actos y tratan de escudriñar hasta tus pensamientos.

Laura. (*Con pasión*).—¿Y que me importa á mi del mundo entero, estando tú aquí para defenderme. Contra el universo todo, me siento fuerte apoyándome en tí. (*Se ase fuertemente del brazo de Julián, este le rodea con el suyo la cintura y se confunden en el oleaje de alegría y de locura del baile. Al pasar la pareja de Julián y de Laura frente de Trini y de Carmen, esta dice á su compañera*).

Carmen.—Confía en la palabra de los hombres. Esos *gachós* se la pegan al mismo lucerito. Mira tú como se divierte el muy pillastre con aquella señorita. Muy hermosa es la tal.... Vamos, que con el cambio ha ganado Julian; y no te ofendas, pichona.

Trini.—Callarás por diez mil de á caballo. Nunca serás mujer decente. En tu lenguaje vulgar y ordinario adivina cualquiera tu condición. Ya sabes que no consiento que se hable mal de mi pollo, deslenguada. Conque cierra ese piquito y comprímeme Carmen, que ya me suben á la cabeza los vapores de la sangre.

Carmen.—Adios, Castelara; miren Vds. la muy fachendosa. De aquí en adelante para hablarte, será necesario enviarte la embajada del moro. Cuanta retórica te habrás aprendido, oyendo á tu sabio Julián. Progresamos en letras, hija, pero retrocedemos en ciencias matemáticas. Si te habrás creído que no soy también *letrada* y que no gasto principios cuando lo exige la *urbanidad*.

Trini (para sí.)—A decir verdad esta pareja divirtiéndose y anegándose en alegrías inexplicables, cuando yo estoy aquí pudriéndome solitaria, despierta todos mis malos instintos y me dan ganas de hacer una barbaridad. A Julian no le guardo rencor: á esa endemoniada la odio con toda la hiel de mis entrañas. A Julian nada puedo exigirle, porque me ha salvado; pero á ella sí que puedo mandar, á lo menos, que no atormente á mi dueño. Ella le separó de mí lado; me lo ha dicho el vizconde, y es verdad; porque esta noche no ha venido á saludarme ni siquiera se ha dignado dirigirme la mirada una sola vez. Esto es impropio de Julián, tan caballero y tan digno siempre, y solo puede obedecer á una exigencia de la *otra*. Y esta no se la perdono y por ella quiero ajustarle las cuentas hoy mismo, al salir del baile. No será mala la tremolina que yo le armo. No faltaba más. Dar disgustos á mi *nene* y echarle en cara, como una cosa muy fea, sus relaciones conmigo. ¿Que se habrá figurado esa señorita?

IV

Ha terminado el baile. Los mozos radiantes de alegría unos por las ilusiones realizadas, malhumorados otros por los desengaños recibidos, forman dos hileras á la puerta del Casino, presenciando el desfile de las señoritas que arrebuajadas en sus abrigo, miran con cierto despecho á los impertinentes galanes. A la salida se encuentran intencionadamente Trini y Laura. La tempestad estalla al primer choque

Trini.—Señorita....

Laura.—Trini

Trini.—¿Me conocía Vd. ya?

Laura.—(Con marcado desprecio) No; pero en mis presentimientos é intuiciones había delineado su figura y como los presentimientos malos siempre resultan ciertos, veo que no me equivoqué en el diseño.

Trini.—(Rabiosa). También tiene gracia. Vd. me insulta, cuando yo debiera escupirla. Vd. habla récio cuando debiera responder quedo, muy quedo, lo entiende Vd. señorita. Yo aquí soy la agraviada; Vd. la culpable; yo la mujer digna, Vd. la hembra dólosa; yo....

Laura.—Sí; usted, es una aventurera.

Trini.—Señora, tengo un nombre y exijo respeto á él.

Laura.—¿Y qué nombre es ese?

Trini.—(Con firmeza). El de Julián.

Este nombre, pronunciado con voz atiplada y argentina llega á oídos del interesado que desahaciéndose del brazo de Fernando salta en medio del grupo, que se ha formado al amor de la disputa.

Julian.—¿Quién pronuncia aquí mi nombre con acento airado?

Trini.—Yo, Julián; esa mujer me preguntaba bajo que pabellón había yo entrado en la sociedad y yo le he dicho que bajo el tuyo. ¿Puedo repetirlo?

Laura.—(Con ansia infinita). ¿A cual de las dos quieres, angel mío?

Julian.—A tí, tormento y solo á tí. Contigo tengo una deuda que solo con el amor puedo pagar; esa (*dirigiéndose á Trini*) tiene una deuda igual conmigo, deja que la pague con su amor.

Trini.—Yo cumplo con mis deudas y te adoro y te venero. Y tu ¿no me quieres, ni así? *señalando el pulpejo del índice.*

Julian.—No lo sé. A tí te encumbré á ella la abismé; os nivelé á las dos con el rasero de mi sentimiento; como mujeres, en el santuario de mi conciencia y en el altar de mis adoraciones, á las dos ofrecí mi respeto y veneración. (*Con desesperación creciente*) Hasta aquí mi obra, que no puedo continuar. La sociedad, Trini, grabó sobre tu frente un estigma indeleble; el estigma me mancha á mi y como si fuera de aceite, se extiende hasta á Laura y á Laura ante los hombres la quiero más pura que los ángeles del cielo, que la luz del alba, que la inocencia de la cuna en donde se detiene el turbio oleaje de la calumnia maldiciente. Y para que Laura sea respetada en sus fueros de virgen casta yo debo morir, lo entiendes, Trini, y muero. (*Se aplica el arma al corazon y dispara. Cae. Ambas jóvenes se precipitan sobre el cuerpo de Julian.*)

(*Mientras Trini le separa las ropas y busca la herida para prevenir sus efectos con las rudimentarias prácticas de ciencia medicinal que todos poseemos, Laura le besa frenéticamente en la boca.*)

Julian (muriéndose.)—Trini, sé buena y honrada para hacerte digna de la rehabilitación que yo no conseguí y tú, Laura, ámame siempre

Laura.—(Empuñando el revolver con que se ha dado muerte Julián.) Bendita arma que me abres el camino de la gloria, donde veré á Julián. (*Besa apasionadamente el cañón.*) Un mismo sentimiento nos dió vida; la misma arma nos debe dar muerte. Bendito sea el Cielo que me deja morir á tu lado. (*Se agarra fuertemente del cuerpo exánime de Julián. quita del ojal del frac la margarita que antes había colocado ella misma, se la pone en la cabeza y se mata.*)

Trini.—Y yo viviré para rezar por ellos; para adornar con flores y regar con mis lágrimas su sepulcro, la tumba de dos ángeles. Dichosa tú, Laura odiada, que puedes acompañar en el interminable camino de la eternidad á Julián.... Los dos os queríais; sed felices; yo lo seré también con el recuerdo de vuestra felicidad.

EL LAZARILLO DE TORNES.

REGAR LOS ÁRBOLES

Si ustedes creen que aquí voy á tratar de arboricultura, floricultura ó jardinería se equivocan de medio á medio. No entiendo nada de eso, y lo siento á fé de hombre, que *homo sum* etc. La Higiene pública, la Sociedad del árbol, y otras mil zarandajas, si no agenas al asunto, tampoco son á mí objeto pertinentes.

Voy á decir lisa y llanamente el concepto moral que desde el punto de vista positivista-filosófico y no filosófico ó pedestre, merece cierta rebeldía por aquí muy extendida entre gentes menudas por lo incultas. Manifiéstase dicha rebeldía con ocasión de la conveniencia, mejor diría necesidad, de cuidar cada vecino los árboles fronteros á

sus casas para subvenir en cierto modo á deficiencias naturales del limitado erario comunal si se quiere, por altruismo, por patriotismo y hasta por egoísmo, mantener unos paseos que ya quisieran para sí algunas capitales de provincia.

No sé si el tema será del gusto del amigo Director del periódico, que queriendo publicar un número literario, con motivo de la celebridad del día ha tenido la mala ocurrencia de exigir algún producto de mi endiablada y rebelde pluma; pero cúlpele á sí mismo si la cosa no le petó, que yo no sabiendo cual tema escoger, he creído oportuno, dado el fin del número extraordinario, elegir uno casi lo-

cal; pero no de aquellos, que exacerban las pasiones por que se forjan al calor de luchas diarias y ajenas, si no de aquellos que por virtud propia aunan á todos los hombres rectos en el común sentir del bienestar y adelanto de su localidad, como aplicación de una regla de conducta elevada y general, eminentemente progresiva y humana.

Yo lo he visto aquí y en otras partes, por el asunto, es semi local. Mil ciudadanos, dignos de tal nombre por su civismo, vereis que amantes del progreso humano y por ende del de la localidad dó nacieron ó donde moran, según los casos, desearían verla florecer. Sienten bien la patria, y para ellos no es un ente de razón que se estira ó se encoge en el transcurso de la Historia. Solo extendiéndola á toda la humanidad ó reduciéndola al lugar en que se nace adquiere la patria el significado concreto que en vano se le busca en divisiones políticas ó administrativas de carácter contingente todas. Pues bien, de aquel recto sentimiento nace el dirigir todos los esfuerzos á coadyuvar al bien común, sea cualquiera la manifestación que lo origine, pues si hoy es un árbol mañana podrá ser cosa de mayor cuantía: un establecimiento docente, por ejemplo. —Otros individuos hay, por el contrario, que, ó sienten impulsos destructores ó padecen punibles indiferencias. Claro es que estos son los menos ilustrados, los ignorantes, los *analfabetos*, como con tanta razón como buena etimología los designaría un portugués. Casi todos aquellos vienen representados—aquí al menos, y dicho sea en honor de la localidad,—por rebeldes y atolondradas Marítornes, con otras gentes del menor nivel intelectual, cualquiera que por otro lado sean su raza, su fecha, y hasta su ficha antropométrica. Sirviente de aquellas que cae bajo la jurisdicción de estos malos ciudadanos se hace indomable cuando en casa de los buenos se la quiere hacer cumplir los bandos de buen gobierno, y si á esto añadís la orden de cuidar los árboles, por ejemplo, por ser el que me sirve de pretexto para este estudio del civismo comunal, los árboles, digo, que estén frente á vuestra casa, os razonará muy grave los fundamentos de su repulsión á tales órdenes. Una belleza agreste de esas de mofletudas nalgas y nalgudos carrillos, desentendiéndose de prestar leve servicio, cuyo alcance moral ni material era incapaz de comprender, replicaba á un mi amigo á quien sirve, que quien puso los árboles los riegue, pues que tal era la sana doctrina que su anterior amo predicaba.

He aquí una demagogía de nuevo cuño, la del incivil predicador, pero cobarde y mansa; un egoísmo tan mal entendido que se vuelve contra el que lo predica; una ignorancia crasa de los deberes de ciudadanía y fraternidad, y, en fin, la inmoralidad en germen por todo esto representada como ídolo de los malos. La inmoralidad es el divino fango originario con que la humanidad se rocia la cara y fabrica ídolos.... Doctrina y conducta aquellas tan anticívicas, tan inmorales é inhumanas como las de quien enseña á los niños á coger nidos y gozar con el sufrimiento de inocentes seres.

¿Qué cosa buena puede enseñar á sus hijos quien tal hace? Ninguna, por que siendo un malvado para con los seres interiores ya tiene ese peldaño subido en la escala de la delincuencia, y como que el que lo sube, mientras de ahí no pase, no halla sanción penal en los códigos escritos, sin darse cuenta va endureciéndose de corazón y se aveza al mal, circunstancias ambas las más favorables para el posterior desarrollo de la criminalidad en el orden humano, ó sea de aquella delincuencia en que entran en función las leyes, los tribunales, los presidios y hasta al nefando sugeto á quien, para escarnio de nuestros mentidos progresos, aun conferimos legalmente la facultad de criminal.

En la misma escala se coloca el predicador de nuestro

cuento, y si bien más bajo, porque quien parte del daño al vegetal, no es asombro que pueda subirla toda, que aún hay quien empieza más leos y alcanza el fin quien demostrando saber tomar las cosas *ab ovo*, comienza por lo inorgánico, y rompiendo, por ejemplo, los bancos de piedra de cualquier paseo á puro tirar coces y por el solo placer de la maldad, acabaría por llegar hasta la meta si férreos grillos no atajan en su veloz carrera las piernas del inculto ascendido á criminal; pues de la piedra, pasando por el benéfico vegetal y el útil ó inocente animal, será capaz de destruir hasta á sus mismos semejantes.

Séres atávicos, no ven en su grosera maldad ó mal entendido egoísmo que tiran coces contra el aguijón y que pierden el beneficio que podrían obtener de lo que destruyen ó descuidan con punible voluntad y censurable abandono. Beneméritos del mal, no se crearon para ellos las inspiraciones de las más sencillas virtudes cívicas. En días de prueba no darán chispas: las harán brotar de las piedras con los clavos de las botas al huir como alma que lleva el diablo de una epidemia, de un sitio ó de cualquier otro azote en que peligre el pellejo.

No es para tales sugetos el ejemplo aquel de civismo dado, si no ando olvidadizo, á mi amigo Almirall por un aldeano de Suiza. Serían incapaces de comprenderlo. Tratabase de hacer una ascensión á uno de los picos de los Alpes y como anocheciera antes de subir, hubieron de pernoctar los excursionistas en una aldea de la falda de la montaña. Quisieron lavarse las manos antes de cenar y solicitado, el patrón de la casa donde alojarán corría á servirles el agua cuando ya uno de los viajeros abrió la ventana para arrojar á la calle de la pobre y pequeña aldea el contenido de la jofaina.

—¿Qué vá V. hacer? preguntó alborotado el hostelero.

—Pues á tirar el agua sucia para cambiarla, replicó el otro.

—Está prohibido por la autoridad comunal arrojar aguas sucias á la calle, añadió.

Y como semejante respuesta de respeto á la ley, tan desusado en esta occidental Europa, chocara á nuestros viajeros, quisieron apurar la cosa hasta ver donde llegaba su buen Aldeano, y para apretarle.

—¿Quién, le dijeron, vería á estas horas ni menos castigaría tan leve falta? A lo que en tono reposado, pero grave y severo, repuso el patrón.

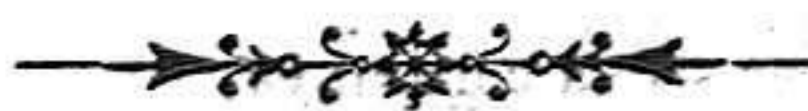
—Lo vería yo, señores, que soy un ciudadano suizo y vengo obligado á velar por el cumplimiento de las leyes á cuya confección todos directa ó indirectamente contribuimos, así como por el bien del burgo en que estoy domiciliado.

La moralidad de estas palabras y conducta, y el valor de expresar sin ambages á extrangeros desconocidos y respetables, á quienes fácilmente se podía complacer, la opinión contraria á la de ellos, son frutos de una misma cosa que muchos envidiamos á Suiza: moralidad y valor cívico hijos de sus tradicionales instituciones. El hostelero podía, aún no opinando así, haber complacido á sus huéspedes, es verdad; pero para ello tenía que abdicar aunque momentaneamente de sus sentimientos, y esto era asunto de vergüenza. El valor y la moralidad son casos particulares de la vergüenza; así pues, el cobarde carece de moralidad, el inmoral de valor y ambos de vergüenza.

El concepto moral de los que dificultan el progreso de su localidad, base de más altos progresos, está dado. Es lo que me proponía, tomando como ejemplo lo de regar los árboles, como podía tomar otro cualquiera, aun que fueran las coplas de Calainos.

Siempre pequeñas causas producen grandes efectos. Cuantas cosas se deducen de no regar los árboles!

E. ALABERN.



L' ESPARDENYERA

(Primer y ùnic accessit á la Flor Natural. Certamen de 1895)

Lema: Una noya es per un rey
(Popular)

Una cansó vull cantar
are novament dictada,
la cansó d' una donsella
espardanyera de Blanes:
féu donchs rotllo á mon entorn
los aymadors de cantadas,
y complacents escoltèula
d' un cansoner de la Pàtria.

Marieta, 's diu,
y es fresqueta y guapa
com la del Abril
poncella galana.
Sa carona, un cel
en nit estrellada,
sos ullets, s'afirs
que miran y encantan.
Son prim cosseró
n' es un lliri d' aigua,
lliri de torrent,
floreta boscana.
Brescas son de mel
sas francas paraulas,
que, á raig fet, del cor
als llavis devallan;
brescas pe'l jovent
d' aquesta encontrada
¡vol de papallonas
que van rondeljant!
Fadri que la cerca,
es un gata-maula,
atenentse al dir
de vellas comares:

¡Oydá
per mes qu' ho assegurí,
per mes que li juri,
no s' hi casará

Miryó que la vol
prou molts lo malparlan,,
si bé algú assegura
que de veras l' ayma;
que no en vá á tot' hora
passa y mes traspassa
devant son portal
quan ella y trevalla.
Ulladas que 's donan,
d' amor son ulladas,
y sense calia
may guspiras saltan.
¡Que per forsa 'ls cors
que en silenci 's parlan,
convertits están
en ruhenta brasa.
Aixís sempre ho diu
una vella rancia.
que lo poble té
per ensinestrada
en llogi' en la fás
maluras de l' ànima.
Del libre dels cors
sab totas las planas.
per xó 'l qu' ella diu
es cesa probada.
Pero malas llenguas,
qu' aquestas may faltan,
en dir pe'l vehinat
tot' hora 's complauben:

¡Oydá,
per mes qu' ho assegurí,
per mes que li juri,
no s' hi casará!

Tardes del Diumenge
en qu' ella vá á ballas
¡y quida denteta
totas sas companyas;

Requesta que 'n te
cap altre l' iguala,
qu' es bresca d' amor
per la jovenalla.
Bell punt que la còpla
tot just ne senyala,
aplech de fadrins,
estornells e passa,
qui primer hi es,
tots van á buscarla.
Qui primer hi es,
la porta á la darsa,
que sa complacencia
á tots los iguala;
que n' es per cullir
la floreta encara.
¡beneyt y felis,
qui puga abastarla!
Bé pe 'l poble 's diu
qu' un forner rondayre
li busca cansons
y vol festejarla;
mes com ella sap
qu' es de mala casta,
d' amor inconstant,
aucell de passada,
li fa com aquell
que no entén sas maulas.
Ell prou se deleix
y li 'n treu corrandas,
corrandas gentils
per l' amor dictadas;
prou doleas floretas
li tira al trobarla,
mes indiferenta
pe 'l costat li passa.
Y en tant, envejosas
diuhen las comares,
parlant del fadri
que d' amor s' abraça.

¡Oydá,
per mes qu' ho assegurí,
per mes que li juri,
no s' hi casará!

Fá dos ó tres dias
¡y quina gatsara!
¡lo qu' es diu pe 'l poble
ningú s' ho esperava!...
Recel de fadrinas,
un tant espijadas,
recansa de joves,
enveja de mares:
¡la bella Marieta,
la flor de la plana,
á lo cabaler
que la rondajava,
lo passat diumenge
vá donar paraula
¡paraula d' amor
de tant temps ansiada!
Ja no mes faróns,
ja no mes passadas,
que ja entrada té
á la seva casa.
La festa darrera,
finidas las ballas,
los pares del jove!
varen demanarla;
que si bé al principi
sentian recansa
de tenir per jova
una menestrada,
en havent sabut
las virtuts preuhadas
qu' atresora 'l cor
de la flor boscana
qu' escullí son fill
per ser sa companya,
cofoys tot seguit
varen demanarla.

Mes ab tot y aixó
malas llenguas parlan,
dihent que la boda
may será arribada,
qu' es sols passar temps
aquest prometatje;
afegint malévols
entre rialladas:

¡Oydá,
per mes qu' ho assegurí,
per mes que li juri,
no s' hi casará!

Fineix la cuaresma,
som-á coll de l' àscua;
floretas gentils
bródan camps y pradas:
panera de flors
ab que s' engalana,
dolsa primavera
que n' es arribada.
Totas las modistas
dia y nit trevallen,
de la Marieta
fent la roba blanca.
¡De presents, si 'n té,
desde 'l prometatje!
amichs y parents,
tothom li regala
Y ella tan fresqueta,
tan pulida y guapa,
com sempre francoya,
quan algú li parla
del jorn que será
lo seu maridatje,
alegre respón:
—Si res de nou passa,
la boda será
diumenge de Pascua.
Prou la enveja veu
que la cosa marxa,
mes per xo de dir
may per may se cansa;
qu' aquell jovencel
cobarment l' enganya,
sempre per final,
ab igual posada:

¡Oydá,
per mes qu' ho assegurí,
per mes que li juri,
no s' hi casará!

RESURREXIT! diu
ja la esglesia santa,
que Pascua Florida
ja s' es arribada.
De alegres fadrins
totas las colladas
qu' anavan ahir
seguint la rondàlia,
demanant amor
tan com bonas pagas,
de las pagesetas
d' aquesta encontrada;
se van aplegant,
que ja apunta l' alba
y del fons del mar
com hostia sagrada,
vessant llum y vida
s' aixeca 'l rey astre.
Fá via á la esglesia
nombrosa-gentada,
qu' avuy 's celebra
un gran maridatje,
del que fa molt temps
tot lo poble 'r parla:

L' església un jardí,
l' altar una brasa,
lo rectó' un pa d' or,
los núvis dos àngels.
Ella va de blanch
com ara es usansa;
ell de negre vá
¡quina bona planta!
Pe 'ls banchs dels entorns
seguidors y pares;
si 'ls vells tots franquesa,
los joves, recansa.

Aixís de la boda
al fé' una setmana,
deya una velleta
de cara arrugada;
al mitj del carré,
tota rodejada,
de comares vellas
y desavagad s:
--Com jo vos vaig dir
s' ha fet maridatje;
que d' antich l' amor

escursa distancias.
Afegint tot d' una,
entre grans riallas;
¡Oydá,
per mes qu' ho asseguri,
per mes que li juri,
no s' hi casará!...
¡Oydá,
y s' hi vá casá!

JOAN RIBAS Y CARRERAS

Juny 1895.

Apuntes históricos de la Villa de Blanes

Blanda, así se llamaba la ciudad antigua desde su fundación, año 580 antes de Jesucristo, hasta su destrucción y completa ruina, cuando los moros entraron en España que la destruyeron y asolaron quedando dueños de la Ciudad y Castillo de Alanda, hasta que Carlomagno sacudió á los moros de la marina.

Poco tiempo después Carlo el Calvo dió enfeudo aquellas ruinas, castillo y puerto de mar que aún se conservan á Ginés Sajón, descendiente de Bendeschinno primer duque de Sajonia de quien descienden los señores duques de Saboya; dejó Ginés el nombre de Sajón llamándose de Blanda.

Por los años de 1150 un señor descendiente de esta casa dió á la Ciudad sus propias armas, como consta en algunos privilegios que todavía se conservan en la villa de Blanes, y en la estimada Arca que estaba en la Sacristía nueva de la Iglesia parroquial de la villa, que he visto, leído y copiado, como describiré más adelante; se llamaban en tiempo inmemorial Armas de Saboya.

Si bien en la fecha de la ocupación de Blanda por los moros quedaron algunos vestigios de la antigua Blanda, arrasáronse después, cuando se fundó por los Señores de dicha Ciudad la nueva población que hoy existe, dándole el nombre de Blanes.

Construyéronse las primeras casas en el lugar que hoy día se llama la Carbonera, llamada así, por razón de existir en aquella fecha y en aquel lugar unos almacenes ó depósitos de carbón vegetal que de Palafolls, Tordera y otros pueblos circunvecinos llevaban á Blanes para embarcar en aquel puerto. Que se llamaba aquel punto, *la Carbonera* consta en un acto que hizo don Raimundo de Bla-

nes en 23 de Octubre de 1380 á don Guillermo Rosell y Ageda de unas casas que poseía en la Carbonera de la villa de Blanes que son las que hoy poseen sus herederos en la calle Ancha, junto al derruido portal que sus muros daban salida al mar. Hallóse en la notaría de Blanes en el libro de notas de don Guillermo Passudaudo.

En tiempo de don Ramon Berenguer, el Conde de Barcelona, en aquellas Cortes tan celebradas que tuvo, hizo el repartimiento de toda la tierra de Cataluña, como escribe Diego en la historia de los Condes, se hizo la creación de los nueve vizcondados, nueve donaciones, consintiendo de común acuerdo los grandes varones y nobles, acudieron á ellos con potestad plenaria á aquellos títulos que á cada uno de ellos cupo. De suerte que los caballeros que tenían Castillo de mano de Príncipe reconocían el fondo á cada uno de ellos en su distrito y el título de Conde como á ser supremo; así es, que el Señor de la villa, puerto y Castillo de Blanes, reconocía entonces el feudo á Pouce, Vizconde de Cabrera y este, al Conde de Barcelona, como consta en el Archivo de Barcelona en el libro grande de las notas de la Notaría de Blanes y en el libro de los feudos de forma mayor donde se hallan los homenajes que se prestaron al dicho Ponce y á su hijo Gerao. En el mismo libro y en el lugar citado están las conveniencias que hicieron estos Condes y Vizcondes acerca del Castillo de Blanes. Después Guillermo de Blanes compró al vizcondado de Cabrera el nuevo y mismo imperio de dicha villa por la cantidad de cien mil sueldos, como consta en el Archivo de Barcelona.

(Se continuará).

LO CEMENTIR

Solitari clos ombrejan
Dos rengleras de xiprers,
Qu' en lo bell mitj se bifurcan
Pera formar una creu.
La capella, sense pompa
De costosos ornaments,
Te un altar about la imatge
De la Dolorosa s' veu,
En sa falda dant apoyo
De Jesús al cos enterch,
Ferit lo costat de llansa
Y de claus las mans y peus,
Com perquè ab los dolors d' ella
Compara 'ls nostres poguem,
En fileras, disposats
Com celdetas d' avesper
En abdós costats s' hi vehuen
Ninxos esquifits, estrets;
¡A pesar de sa supervia,
L' home hi cap folgadamente!

En terra alguna creu tosca
Que l' herba quasi cubreix,
Un fossar, un munt de terra
Que s' ha remogut de fresch,
Vora del clot una aixada,
Y al costat un lliant vell,
Allí ab la pau dels sepulcres
Contrast escarrifós fent,
Hi ressonan colps fatidichs,
Y lo trapitj y las veus
D' endoladas comitives
Que entranthí pausadament
Al amor y á l' amistad
Pagan lo tribut darrer;
Las pregarias de la iglesia,
Las passadas dels aucells
Qu' en lo atapahit brancatge
Fan lo niu tranquilament;
Lo confús brugit del poble,
Del tró lo fort espetech;

Los udols de la tempesta
Y de l' oliva 'ls xisclets.
A la dreta, en un racó
De aquell lloch trétich, cubreix,
Ran del sol, una llosana
Las despullas de dos sers,
Bossins del cor que m' deixaren
Pera remuntarse al cel,
Quan ab joya me mirava
En los seus ullets serens.
Des' llavors, ab ansia pia,
Cada jorn demano á Deu
Que la mort no me sorprenga
Estant de la patria ausent,
Que un día aquella llosana
Dongui pas á lo cos meu,
Y que allí las mevas cendras
Se confonguin ab las d' ells.

JOSECH CORTILS VIETA.

UNA FIESTA ESCOLAR

Como introducción proémica á las fiestas que nos esperan durante la presente semana, hemos asistido en la anterior á una de bellísima, consoladora en que la niñez y la adolescencia, en quienes ciframos la única esperanza para el porvenir, representaba el principal papel. Sin perjuicio de detallar próximamente el desarrollo y resultado de los exámenes celebrados en el colegio que dirigen los ilustrados PP. de la Sagrada Familia, trabajo de información que, Dios mediante, realizaremos en la siguiente edición, vamos á reflejar en brevísimas líneas las placenteras impresiones que llevamos del acto literario

En primer lugar saqué una sensación intensísima de placer. El espectáculo de las tiernas inteligencias, virginales capullos que se abren á los fecundos rayos de la ciencia y de los inocentes corazones, masa purísima de blanda cera vaciándose en los moldes de la sublime moral cristiana, es algo grande sublimemente grande en su sencilla pequeñez, que tonifica el espíritu y levanta los corazones.

Frente á los niños se siente siempre un encanto indefinible: cuando los niños son tan finos, tan amables y relativamente inteligentes como los tiernos alumnos que educan los PP. de la Sagrada Familia el encanto sube de punto é invade las lindes de la dulce y de éit' b'e admiración. Si fuera lícito en cosas pequeñas usar de grandes ejemplos, como deseaba Ovidio, diría que, oyendo las respuestas sencillas de los pequeños examinandos, por una prueba de sentimiento, raciocinio delicado cuya fuerza demostrativa se siente pero no puede analizarse, quedaba uno convencido de que no es incompatible la Fé con la Razón, que la ciencia humana no es antimónica de la Teología divina.

Tabula rasa la inteligencia del infante en ella, se graban y coexisten harmónicamente los rudimentos de la Religión y los vulgarísimos principios de la ciencia.

Este es el hecho que cualquiera ha podido observar de propia experiencia y contra el hecho nada valen los mas formidables argumentos ni las sùtiles disquisiciones.

Allí todos vivimos á niños, á criaturitas recién desprendidas del pecho materno, resolver un problema de Aritmética con la misma soltura que esplicaban los misteriosos orígenes del hombre y sus providenciales destinos.

Otra razón abona la excelencia del método educativo seguido por los PP. á quienes envío tan cordial como sincera enhorabuena, y es la siguiente.

La Ciencia con todo su enorme bajaje de progreso y adelanto, solo ha conseguido formar sábios, gente orgullosa y despótica; la Religión forma buenos individuos, buenos padres de familia y excelentes ciudadanos, los tres estados, que constituyen las diversas etapas ó períodos de la vida del hombre.

Un hombre puede vivir sin que su inteligencia abarque las concepciones de la alta ciencia; ninguno puede hacer frente á los embates de la existencia, á los dolores cruentos del alma, á las amarguras y tempestades de la tierra si la Religión con sus divinos consue os y eternas esperanzas no fortifica su corazón.

Mucha ciencia para que el espíritu humano avance en la evolución indefinida hácia el ideal y la verdad, y mucha Religión para que este mismo espíritu no desfallezca y sucumba en esas sus penosas exploraciones de lo desconocido.

Aunando en la educación los dos elementos, el científico y el religioso se forman alumnos buenos y sábios, inteligentes y útiles á sus semejantes y á la sociedad.

Eso han sabido hacer los PP. de la Sagrada Familia y por el armonísimo resultado conseguido y puesto de relieve en 'os exámenes que acaban de celebrar les reitero mi felicitación muy pobre, como mia, pero muy entusiasta y cordialísima, que hago extensiva á los padres de familia por el acierto que han demostrado en la elección de pedagogos para sus hijos y á estos por los adelantos que demostraron.

BALDOMERO TRULLÁS

B'anes 22 Ju io 1897.

REMENDANT

(Accesit en lo Certamen de Blanes 1895)

Lema: Dei natural

Sota la vela llatina
d' un llaut que queda 'n terra,
la entena embargada al palo,
la escota 'n estaca ferma,
xarroteijant com calándrias
hi ha trés ó quatre ninetas
y una dona, qu' essent viuda,
no es nina, més tampoch vella.

Remendan los esboranchs
que ván trobant en las pessas,
las pessas que 'ls pescadors
ahir lleváren ben plenas.

Cantan hermosas corrandas,
gayas cansóns de la terra,
cansóns que acompaña l' ona
quan lo sorral mansa besa,

Sota mateix de la barca
que l' amplia vela sustenta,
se troban dormits dos vells
y un jove de fas morena.

Un baylet molt bellúgós,
d' unas divuit primaveras,
fa brometa, canta y riu
ab las alegres ninetas,
y un veilet de barba blanca
que xucla sa pipa encesa,
ajegut bota terrosa
també segueix la brometa.

—Calla, tú, vellot xarruch
no veus que passa, dels trenta?
li diu la viuda ab desdeny

mentres riuhen totas eilas.

—L' avi encare te 'l cor fort.

—Y estima.

—Mes que la Pepa—

respon ell tot resolut
á las que aixis l' escome'an.

La Pepa es altra minyona
que, també sota la vela,
va fent puntas al coixí
mentras las otras remendan.

—Si ja no sou d' aquet mon—
diu aquesta.

—¿No?

—Falsesa:

Yo sé qu' está enamorat.

—¿De verás?

—Cert.

—Batxillera,....

Creume, viuda, no 'm molestis,
que si acás desfaig la llengua,....

—¿Qué?

—Diré que gastas molts fums,....

—Y jo que la baba us penja,
y que per lo lleitj que sou
no váreu trobar promesa.

—¡Poca iaixa!

—¡Conco!

—¡Pop!

ja tothom dlu: ¡Quina pessa!

—Soch honrada.

—No 'n parlém,....

si t' han de vestir de verge.—

Y tot seguint la disputa
de lo vell y la viudeta,
vá fent brometa le baillet
ab totas las otras nenas,
y de sa boca ixen flocs
per la més maca, la Pepa,
que cofoya se l' escolta
tornantse tota rojenca,
mentras saltan per sos dits
los blanchs boixets que remena.

Lo sol ardent del Juliol
cáu á plom sobre la vela
y á sota s' han ajuntat
l' amor y la dolça fresca.

Segueixen uns fen lo son,
las otras remendant pessas,
la Pepa sentint l' alé
del jovinet, prop sas trenas,
que li parla de sos cors
y de dicha á cau d' orella
y la viuda disputant
ab lo vell, en tan que venen,
besadas per l' oratjol,
de sardinals las barquetas,
fentne brollar la esperança
on lo cor de aquellas nenas
qu' esclatan totas á una
ab la cansó que més sentan,
La donzella de la costa
l' aymada de totas ellas.

JOSEPH ALEMANY BORRÁS